

MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD: EXCELENCIA CON ALMA

Universidad de Valencia

Mis primeras palabras no pueden ser sino de agradecimiento a los Rectores de las Universidades de Murcia y Politécnica de Cartagena, D. José Luján Alcaraz y D. Matthieu Kessler Neyer, por la invitación a participar en un acto tan significativo para la vida universitaria como es la inauguración del curso académico, en este caso, el de las universidades públicas en esta Región de Murcia, a la que tanto aprecio y que forma parte imprescindible de mi vida desde que llegué a ella en aquellos años en que España puso en marcha una transición hacia la democracia, tan elogiada mundialmente, cuyos valores éticos y políticos hoy urge recuperar y actualizar en este tiempo nuevo. En esta tarea de dar cuerpo a valores humanistas, como la libertad, la igualdad, el respeto mutuo, la solidaridad y la construcción de acuerdos argumentados con razón y corazón, la universidad tiene un papel irrenunciable, como parte de la misión que le da sentido y legitimidad social.

De algunos trazos de esa misión quisiera hablar esta mañana bajo el rótulo "Excelencia con alma".

1. Universidad "Excelencia con alma".

El rótulo, muy expresivo de lo que debería ser la universidad, se inspira en un texto publicado en 2006 por el profesor Harry R. Lewis, que fue decano de Harvard College, y dio nombre a un curso organizado por la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas hace unos años: "Excelencia sin alma. Cómo una gran universidad olvidó la educación". En el texto que dio nombre al curso, Lewis criticaba a su propia universidad, tan célebre por su excelencia académica porque figura en todos los ránquines universitarios, pero que -a su juicio- carecía de alma, porque no formaba a sus alumnos en los valores universitarios, que son el motor que capacita para transformar la sociedad. Justamente lo que sugería el curso

de la CRUE era impulsar una universidad capaz de preparar a los alumnos para una visión más amplia de su misión, que incluiría en la formación el proyecto de perseguir los ODS.

Y, ciertamente, una universidad sin alma, sin un compromiso transformador de la sociedad, no puede ser excelente por muchos artículos que sus miembros consigan publicar en los primeros cuartiles de las revistas de impacto. Eso es estrategia burocrática, no excelencia; es medir la calidad por una cantidad muy discutible. Cuando lo cierto es que educar en la excelencia, que se consigue compitiendo consigo mismo en cooperación con otros para el bien de la sociedad, es lo que constituye la misión de la universidad.

El alma de cualquier actividad es el motor por el que se pone en marcha y el motor de la universidad es formar personas excelentes. No se construye una sociedad democrática con mediocres, menos aun con negligentes o indiferentes. No dejar a nadie atrás -como se sugiere desde los ODS y como sugerimos quienes aspiramos a construir una sociedad cosmopolita- no significa crear una inmensa guardería, para que nadie se pierda por las calles ni aumente el número de los parados, sino universalizar la excelencia, ayudar a cada persona a empoderarse al máximo, no transigir con la mediocridad.

Esa es la tarea fundamental que se ha venido asignando a la institución universitaria desde que nació en Europa - en Bolonia, París, Oxford, Salamanca-, se extendió por Latinoamérica y sólo más tarde por Estados Unidos y por el resto del mundo. Es ya una institución esencial de las sociedades modernas, un "invento" del que europeos y latinoamericanos podemos estar orgullosos.

Naturalmente, a lo largo de su historia y en los distintos países se ha dotado a las universidades de diversas leyes, y también se han adoptado distintas estructuras institucionales. Pero creo que lleva razón Alasdair MacIntyre cuando, siguiendo a Aristóteles, recuerda que en la vida social lo crucial son las actividades y las metas

que dan sentido y legitimidad social a las actividades. Las leyes y las instituciones deben estar al servicio de las actividades, respaldándolas, facilitando alcanzarlas, y no es de recibo instrumentalizarlas con otros fines. Por eso importa preguntar: universidades, ¿para qué?, ¿cuál es el bien que ofrecen, sin el que perderíamos en humanidad?, ¿cuál es -por decirlo con Ortega- la misión de la universidad?

En esta intervención comentaremos tres metas al menos, ligadas a ese término que da nombre a nuestra institución, *universitas*, y que le dan sentido: la formación de profesionales excelentes, de la que empezó a ocuparse ya la universidad medieval, la formación de ciudadanos democráticos y liberales, abiertos al diálogo crítico y argumentado, herencia de la Universidad Humboldt, y el impulso hacia una sociedad cosmopolita, de personas con sentido de la justicia y sentido de la compasión, en que nadie quede excluido.

2. La misión de la Universidad.

Tomando como hilo conductor el hermoso nombre de "*universitas*", podemos distinguir la *universitas* como totalidad de maestros y discípulos, propia del mundo medieval, la *universitas* como totalidad del saber, propia de la universidad liberal humboldtiana, y la *universitas* de una ciudadanía cosmopolita, llamada a construir una sociedad de la que nadie quede excluido en un mundo globalizado.

2.1. La universidad como totalidad de maestros y discípulos.

La formación de profesionales.

Aunque los debates al respecto son numerosos, podría decirse que la universidad medieval se esforzó por formar a los profesionales imprescindibles para responder a las necesidades de la época. Se trataba entonces sobre todo de filósofos, teólogos, juristas, médicos, y hoy esta tarea sigue siendo indispensable, aunque los perfiles necesarios

se han multiplicado prodigiosamente, casi hasta el infinito, y más aumentarán sin duda. Lo relevante en todos los casos es que se formen profesionales, y no sólo técnicos, más aún ante el auge de las tecnociencias. También los tecnocientíficos han de poner las tecnologías al servicio de la meta de la profesión. Formar profesionales excelentes en los distintos ámbitos es una de las tareas ineludibles de las universidades, y en este sentido la ayuda de la ética de las profesiones imprescindible.

El ejercicio de una profesión es el ejercicio de una actividad, de una práctica, y la vida humana se teje con distintas actividades, porque, como bien decía Ortega y Gasset, "la vida no nos es dada hecha, sino es quehacer". El quehacer ético es *quehacerse*, nuestra vida es quehacer, y las instituciones tienen que arrojar a las actividades y ayudarles a alcanzar sus metas.

MacIntyre en su libro *Tras la virtud* -cuya propuesta no comparto, pero sí lo que voy a decir a continuación-, caracteriza con acierto en qué consiste una práctica. Una práctica -podríamos decir una actividad profesional- es un trabajo social en el que cooperan distintos agentes, que tratan de alcanzar una meta (el *τέλος*), que le da sentido y legitimidad social. Para alcanzar la meta es necesario incorporar ciertas virtudes (excelencias del carácter), orientarse por valores y principios, que compondrían la ética de esa práctica. Y en este punto conviene llevar a cabo una distinción muy lúcida entre lo que MacIntyre llama, siguiendo a Aristóteles, el *bien interno* de cada actividad y los bienes externos que también se consiguen con ella, pero pueden alcanzarse con otras prácticas y no especifican a esa actividad.

Suele citarse como ejemplo de bienes externos el dinero, el prestigio y el poder, que se alcanzan con distintas actividades en mayor o menor medida. Por supuesto son necesarios para la vida y totalmente legítimos cuando se persiguen con prudencia, contentándose con lo suficiente, no pretendiendo lo máximo a cualquier precio. Pero lo que no es de recibo es sustituir los bienes internos por los externos, porque en ese caso se produce la corrupción de la práctica, la corrupción de la actividad.

Mucho se habla de la corrupción en las instituciones y en la vida cotidiana, es noticia diaria en los medios de comunicación y en las redes, y sin duda es nefasta. Pero yo me atrevería a decir que en la raíz de esas formas de corrupción se encuentra una transversal: la de las actividades profesionales que envenena todas las demás.

Cuando la política no persigue el bien común, más allá de los intereses partidistas, sino que se afana por el bien particular, sea individual o grupal, por la permanencia en el poder a toda costa y distorsiona las instituciones hasta llegar a la autocracia y la tiranía; cuando la economía no intenta ayudar a crear buenas sociedades, produciendo bienes materiales e inmateriales desde la responsabilidad social claramente asumida en todos los niveles de la empresa; cuando las universidades se convierten en centros de adoctrinamiento ideológico o en locales de negocio, entonces los incentivos externos sustituyen al bien interno y pierden todo su sentido y legitimidad las actividades profesionales.

Ésta es la razón por la que -a mi juicio- debería incluirse en los planes de estudios de todos los grados una asignatura de ética de la profesión, para reflexionar sobre cuáles son sus metas y cómo alcanzarlas.

Para alcanzar la meta el buen profesional tiene que desarrollar unas virtudes, esa palabra extraordinaria que en griego se dice *areté*, que significa "excelencia". Los profesionales tienen que ser excelentes. No se construye una buena sociedad con mediocres ni con negligentes, sino con gentes excelentes, que ponen su excelencia al servicio de la dignidad de las personas. Que no puede entenderse sólo en el servicio negativo de no dañar a las personas, sino también en el sentido positivo de sí empoderarles para que puedan llevar adelante los planes de vida que tengan razones para valorar.

Como es bien conocido, Max Weber, que tomó el tema de las profesiones como un asunto clave de su sociología, entendió la profesión como una vocación en el sentido de la palabra alemana *Beruf*. La profesión es una vocación, es una llamada a llevar a cabo unas actuaciones que permitan alcanzar ese bien interno del que venimos hablando, porque es algo muy valioso para la vida de los seres humanos. El buen profesional se percata de que la vida sería mucho menos humana sin ese bien (la educación, la salud, el bien común, la generación y distribución de la riqueza material e inmaterial, la investigación tecnocientífica, la creación

artística), y de que él cuenta con las aptitudes suficientes para ofertarlo.

Sigue siendo necesaria esa ética del profesional vocacionado, que pone de su parte lo mejor que puede para ir cultivando los bienes internos en cada una de las prácticas. La ética de las profesiones es uno de los apartados más amplios de las éticas aplicadas. Evidentemente hay actividades que no son profesiones, por ejemplo, el narcotráfico, pero cuando existe una finalidad positiva todas las profesiones necesitan una ética que intenta empoderar a los estudiantes para que alcancen esa meta de la profesión.

2.2. La universidad como totalidad del saber.

Por su parte, la Universidad fundada por Humboldt en 1810 en Berlín, entiende la universalidad como *universitas scientiarum*, como totalidad de los saberes, entre los que existe a todas luces una unidad que viene dada por la filosofía.

Las tareas de la actividad universitaria serían entonces fundamentalmente tres: el entrenamiento en la búsqueda de la verdad, generando hábitos de investigación, la transmisión del saber a las generaciones más jóvenes, y la discusión abierta y crítica en la comunidad de los que aspiran a la verdad. Todo ello iría generando ese *êthos* universitario, ese carácter universitario, que consiste en la búsqueda desprevenida de la verdad en la comunidad de diálogo, abierta y crítica, presta a transmitir cuanto sabe y a debatir sobre ello. Investigación, enseñanza y educación en la vida comunitaria abierta y crítica son pues tres metas de la universidad que van componiendo el carácter de una persona libre y generosa.

La universalidad se entiende ahora como totalidad del saber frente a la especialización, posible por el papel unificador que ejerce la filosofía. Quien adquiere una formación universitaria se convierte en un *gebildeter Mensch*, en una persona sabia, que es lo contrario del *Fachidiot*, del especialista con orejeras. Esa persona que sabe mucho de algo, cada vez sabe más de menos y acaba sabiéndolo todo de nada.

Como bien dijera Ortega, el especialista unilateral no es un sabio, sino un "hombre masa", un "nuevo bárbaro", una persona sin conciencia de historia, sin proyecto de futuro,

es decir, sin cultura. La cultura es el sistema vital de las ideas de cada tiempo, lo que nos salva del naufragio vital. Y precisamente el mal de la época consistiría -según Ortega- en que los hombres sin cultura son los que pretenden regir los destinos de las naciones. Misión de la Universidad sería entonces -podríamos decir- proporcionar a las sociedades conocimientos, pero también sabiduría auténtica para proyectar el presente y el futuro desde la aspiración a lo justo y a lo bueno.

Comentaremos brevemente las tres "submetas" de la universidad, según los humboldtianos, y que -a mi modo de ver- siguen formando parte de la misión de la universidad en el siglo XXI.

1) Investigar es tratar de descubrir la verdad, porque los seres humanos, como diría de nuevo Ortega, somos *verdávoros*, nos alimentamos de la verdad, intentamos encontrarla, lo cual sigue valiendo para nuestro tiempo. No es verdad que vivamos en un mundo de posverdad, porque la posverdad no es verdad. Según el Diccionario de la RAE, es una mentira que se dirige a la emoción del interlocutor para movilizar sus sentimientos y conseguir influencia en la opinión pública. Eso es sencillamente una mentira. Y la historia de la humanidad está plagada de bulos que han intentado configurar la opinión pública en provecho de quien los lanza.

La diferencia estriba ahora en la rapidez y extensión de la difusión, en la multiplicación de las noticias y las imágenes falsas, que distorsionan campañas y destruyen la autoestima de gran cantidad de gentes. Hasta el punto de que algunos autores reclaman un "derecho a no ser engañados".

No dejarse engañar por el bulo de la posverdad es una de las tareas de la universidad, porque ciertamente los seres humanos somos *verdávoros*, necesitamos poder confiar en el mundo en que nos movemos y en las personas con las que hacemos la vida conjunta.

La Universidad está obligada a buscar la verdad, con todas sus limitaciones, pero con un empeño decidido. Y, por supuesto, ha de tomar muy en serio la ética de la investigación, propia de todas las materias. Por muy difícil que resulte manejarse con la inteligencia artificial generativa, que es incapaz de comunicarse, pero no de generar apariencia de invención.

Los escándalos en la investigación, incluidas las publicaciones en las revistas de impacto son abundantes.

2) En segundo lugar, la universidad en sus muy diversas variantes debe transmitir conocimientos a las generaciones jóvenes, con la conciencia de que esos conocimientos están en constante evolución. Como también con la conciencia de que la acumulación de datos es innecesaria, que interesa aprender a saber dónde encontrar los datos, el número de buscadores es infinito y es preciso saber manejarlos. Pero siguen siendo indispensables los conocimientos básicos desde los que construir y ordenar los restantes, los que les permitan orientarse en la vida. Uno de los grandes problemas de nuestro tiempo es la desorientación y la universidad no puede quedarse al margen de ese problema. Y no solamente a los jóvenes, sino también a los adultos en estos tiempos en que hablamos de la formación a lo largo de la vida.

3) En tercer lugar, las universidades han de conformar comunidades -presenciales, virtuales o híbridas-, que traten de encontrar la verdad conjuntamente. No somos individuos aislados, sino personas en diálogo, es imposible descubrir la verdad en solitario. Necesitamos la deliberación, el diálogo abierto, obviando los dogmatismos y los fundamentalismos. Todo puede someterse a crítica, empezando por las propias posiciones, todo puede dialogarse, todo puede argumentarse, todo debe argumentarse.

Y es lamentable que se estén viviendo nuevas inquisiciones desde campus universitarios, donde se practica la cultura de la cancelación, en un sentido u otro, se impide hablar a determinadas gentes. La universidad es el lugar de la libre expresión, de la libre opinión y la libre convicción, y el lugar en que se aprende a defenderlas con argumentos en que deben unirse razón y corazón.

¿Cómo es posible que en pleno siglo XXI, se haya degradado el afán de verdad frente a la moral del establo, que permite disfrutar del calor del rebaño? ¿Cómo es posible que sea en campus universitarios, originariamente, los estadounidenses, pero después muchos otros, donde ha nacido la inquisición de la corrección política y la cultura de la cancelación, que cortan la libre expresión y suponen un retroceso rotundo en el proceso de ilustración?

Las comunidades universitarias existen para hacer posible la deliberación y el diálogo serenos entre sus miembros sobre los más diversos temas. No caben exclusiones de ningún tipo. Precisamente porque, por fortuna, una de las notas de la comunidad académica en una sociedad democrática, que ha costado mucho de conquistar, es el pluralismo político y ético, propio de sociedades democráticas, empeñadas en anular los totalitarismos. Como bien dice John Rawls, el pluralismo es un hecho, pero sobre todo es un bien que cuando se alcanza es preciso cuidar y potenciar. Es uno de los bienes que forman parte de lo que es justo en sociedades pluralistas y multiculturales.

3. Universitas como totalidad de la humanidad: la universidad como un impulso para el cosmopolitismo en un mundo globalizado.

La universitas del siglo XXI tiene por horizonte la humanidad, porque somos humanos y nada de lo humano puede resultarnos ajeno.

Desgraciadamente, la unidad del saber que soñaron los humboldtianos se quebró en una fragmentación de saberes que parece destruir la idea de unidad entre ellos, hasta el punto de que llega a decirse que se rigen por racionalidades diversas. Cuando lo cierto -a mi modo de ver- es que la razón humana sigue siendo la misma, aunque ejerza sus funciones a través de diferentes usos: diversidad de usos en ámbitos diversos no significa diversidad de razón. Es preciso redescubrir la unidad del saber desde la multiplicidad de saberes y desde la pluralidad de culturas.

Sin embargo, la apariencia de diversidad de razón da lugar en las universidades a una fragmentación administrativa, a una separación entre "Humanidades", "Naturalidades", "Ciencias sociales y jurídicas", "Ciencias de la salud" y el amplísimo campo de las "Tecnociencias". Un cúmulo de divisiones expresivas de que el término "universitas" no parece referirse ya a la totalidad de los

saberes entre los que existe una unidad, sino a un conjunto de saberes fragmentados, faltos de hilo conductor.

Y esto sucede cuando se hace más patente que nunca que resulta imposible responder a los problemas que la realidad plantea sin contar con la cooperación de los diversos saberes, cuando las materias pioneras exigen como nunca una radical interdisciplinariedad, el diálogo entre quienes gozan del dominio activo de una lengua científica, técnica o humanista, y quienes ejerce un dominio pasivo de esa lengua. Por desgracia, como se ha dicho en alguna ocasión, la realidad tiene problemas y las universidades departamentos.

Y, sin embargo, una universidad proactiva, no reactiva, debería servir al bien público desde una nueva unidad del saber, que hoy vendría del vínculo ético que une a las distintas esferas. Es el trabajo interdisciplinar desde la reflexión sobre las metas, los valores, los principios y los medios de cada actividad el que muestra de nuevo el hilo conductor de la unidad del saber y el que ayuda a resolver los problemas que desbordan las posibilidades de cada ámbito, abandonado a su suerte.

Si la institución universitaria quiere llevar a cabo la misión que le corresponde y que legitima su actividad, bueno es que persiga las metas que la configuran históricamente: formar profesionales excelentes desde una comunidad de enseñanza e investigación, que busca la verdad y la justicia a través del diálogo y la deliberación pública.

Este año se cumple el trigésimo aniversario del nacimiento de Immanuel Kant, y bueno será poner fin a esta intervención recordando unas célebres palabras de la *Crítica de la razón pura* en defensa de la deliberación pública y abierta, frente a las censuras:

“También forma parte de esta libertad el exponer a pública consideración los propios pensamientos y las dudas que no es capaz de resolver uno mismo, sin por ello ser tachado de alborotador o de ciudadano peligroso. Esto entra

ya en el derecho originario de la razón humana, la cual no reconoce más juez que la misma razón humana, donde todos tienen voz" (KrV A 751-752/B779-780).

El marco en que todos podrán expresarse reclama una sociedad cosmopolita, sin excluidos, más allá de los nacionalismos miopes.

Bibliografía

Helio Carpintero, "Hacia una universidad sostenible y socialmente responsable", en Adela Cortina (coord.), *La responsabilidad ética de la sociedad civil*, Mediterráneo Económico, n° 26, 59-80.

Adela Cortina, "Universidad, al margen de la ley", *El País*

Adela Cortina, *¿Para qué sirve realmente la ética?*, Paidós, Barcelona, 2013.

Adela Cortina, *Ética cosmopolita*, Paidós, Barcelona, 2021.

Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, Alfaguara, Madrid, 1978 (trad. de Pedro Ribas).

Pedro Laín Entralgo, *El problema de la universidad*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1968.

Harry R. Lewis, *Excellence Without a Soul. How a Great University Forgot Education*, Public Affairs, 2006.

Alasdair MacIntyre, *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona, 1987.

Emilio Martínez, *Ética profesional de los profesores*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2010.

José Ortega y Gasset, "Misión de la Universidad", *Obras Completas*, Tomo IV, Taurus y Fundación Ortega y Gasset, Madrid, 2005, pgs. 529-568.

John Rawls, *El liberalismo político*, Crítica, Barcelona, 1996.

Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1969.